

Francisco de Quevedo, *Huye la hora. Antología poética*,

ed. Fernando Plata y Adrián J. Sáez,

Madrid, Cátedra, 2025, 496 pp.

Lúa García Sánchez

Universidade de Santiago de Compostela

lua.garcia.sanchez@usc.es

<https://orcid.org/0000-0002-8678-9916>

La amplia obra poética de Quevedo ha sido editada modernamente por José Manuel Blecua (1969-1981, 4 vols.), Ignacio Arellano (*El Parnaso español*, 2020), y Alfonso Rey y María José Alonso Veloso (*Poesía completa*, 2021). Además, las distintas secciones que conforman *El Parnaso* (1648) y *Las tres musas últimas castellanas* (1670) han conocido ediciones críticas y anotadas de manera exenta. Asimismo, desde el último tercio del siglo pasado se llevaron a cabo numerosas antologías, como las de José Manuel Blecua (1972), James O. Crosby (1981), José María Pozuelo Yvancos (1981), Pablo Jauralde (1986), Lía Schwartz e Ignacio Arellano (1989), y, de nuevo, Pozuelo (1999) y Jauralde (2002), entre otras. Sin embargo, más de veinte años después de que se publicase la última antología poética de Quevedo con texto crítico y anotación filológica, resultaba muy oportuno elaborar una nueva selección que tuviese en cuenta los hallazgos y estudios de los últimos años.

Esta nueva antología nace con voluntad panorámica: sus editores, los profesores Fernando Plata (Golgate University, de Nueva York) y Adrián J. Sáez (Università Ca'Foscari, de Venecia), reconocidos quevedistas que suman numerosas ediciones y estudios sobre este y otros escritores áureos —especialmente, Cervantes, Lope de Vega y Calderón—, seleccionan composiciones pertenecientes a toda la trayectoria del autor, que atestiguan la riqueza temática de su poesía, donde caben perspectivas incluso opuestas, sintetizadas ya en la portada de *El Parnaso español*, como explican (p. 28).

El título escogido, *Huye la hora. Antología poética*, cita parcialmente un verso del célebre soneto quevedesco «Retirado en la paz de estos desiertos». Esta alusión, *memento mori* en forma de díptico junto con la ilustración de la cubierta —un detalle de *Vanitas-Naturaleza muerta* (1630) de Pieter Claesz—, lejos de aludir únicamente a la esfera moral de la poesía de Quevedo, parece invitar al lector a aprovechar el breve tiempo que resulta de esa «fuga irrevocable» escuchando con sus ojos estos no tan pocos poemas del autor.

El volumen, dedicado al insigne quevedista Antonio Azaustre Galiana, comienza con una introducción, cuyo primer apartado, titulado «Retrato de perfil: la carrera de un poeta todoterreno» (pp. 17-31), se dedica a la trayectoria poética de Quevedo. En las primeras líneas de su libro, Plata y Sáez definen la poética del autor como «innova-

dora y casi omnicomprendiva» y repasan de manera sucinta su construcción crítica. El grueso del apartado se dedica a su biografía y a su obra poética —y no solo—, atendiendo a su posición en el campo literario coetáneo, con líneas dedicadas a la polémica con Góngora o al reconocimiento que recibió por parte de autores como Lope o Cervantes.

En segundo lugar, Plata y Sáez se ocupan del comentario de los poemas seleccionados en «Un pequeño “aleph”: un manojo de poemas» (pp. 31-52), guiño a quien se refirió a la obra quevedesca como «una dilatada y compleja literatura». El repaso por todos los poemas escogidos contiene, las más de las veces, una sucinta descripción de cada uno, aunque en algunos casos, como el de la «Epístola satírica y censoria» o el «Poema heroico de las necesidades y locuras de Orlando el enamorado», se extiende varios párrafos. No se limitan a resumir el asunto de cada poema, sino que se refieren a la agrupación de muchas de estas composiciones en series dentro de las musas —como son los poemas sobre el destierro, estudiados muy recientemente por Flavia Gherardi—; al tratamiento general por parte de Quevedo de cada uno de los temas más destacados —el amoroso, moral, satírico-burlesco y religioso—; y a la cuestión de los géneros, al estilo y a las fuentes literarias, a las cuales, al margen de las referencias dispersas, se les dedica la parte final de esta sección: un panorama condensado de los tan diversos antecedentes de los que se nutre la poesía quevedesca, erudita, ingeniosa y novedosa en forma y contenido por su uso de los modelos y la lengua.

Por último, Plata y Sáez se ocupan de «La transmisión textual de la poesía de Quevedo» (pp. 52-60) desde su época hasta la actualidad. Se refieren tanto a la difusión manuscrita en vida del autor como a las ediciones que se hicieron tras su muerte, adentrándose en los problemas que supone la edición de la poesía quevedesca —como la cronología de los poemas y las atribuciones dudosas o directamente falsas— y apuntando a las tareas pendientes. Los autores sostienen que la compleja transmisión de la poesía de Quevedo requiere de la filiación individual de cada poema, para lo que es fundamental la búsqueda de copias manuscritas.

El estudio introductorio, de gran amenidad, se cierra con un apartado destinado a explicar los objetivos y criterios de la edición (pp. 61-62): no aspira a ser una edición crítica que dé cuenta de todas las variantes en un complejo aparato, pero ofrece los textos según los testimonios más solventes y facilita las variantes más interesantes con el objetivo de alcanzar un gran número de lectores cultos y estudiantes de letras.

Seguidamente, se introduce una breve nota sobre la génesis del libro y el agradecimiento de los autores a sus colegas, a sus estudiantes, a quienes se dirige —según indican— la antología, y a la directora de Ediciones Cátedra, Josune García.

Completa el estudio introductorio una nutrida y actualizada bibliografía (pp. 63-92) que da buena cuenta de las ediciones y estudios panorámicos sobre la obra poética de Quevedo, pero también de los artículos sobre poemas concretos.

Seguidamente encontramos la antología, que comprende un centenar de poemas ordenados según el orden cronológico de las ediciones y colecciones manuscritas. Esta

ordenación, que respeta la disposición del *Parnaso* y *Las tres musas*, consolida la tendencia inaugurada por Crosby (1981) y continuada por Jauralde (2002), que abogaron por superar la agrupación temática.

En concreto, el orden es el siguiente: cuatro poemas de la *Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España* (1605), reunida por Pedro Espinosa; el soneto «¡Malhaya aquel humano que primero», transmitido únicamente por el *Cancionero antequerano* (1627-1628), de Ignacio de Toledo y Godoy; la «Aguja de navegar cultos», incluida en *Juguete de la niñez y travesuras del ingenio* (1631); setenta y seis poemas de *El Parnaso español* (1648); y casi una veintena de composiciones incluidas en *Las tres musas últimas castellanas* (1670). Finalmente, incluyen dos más bajo el rótulo «Poemas atribuidos a Quevedo en manuscritos»: como anticipa este rótulo, se trata de dos de los numerosos poemas con vida exclusivamente manuscrita que María José Alonso Veloso (2008) propuso agrupar en torno a una ficticia musa décima.

Cabe referirse más detenidamente a los poemas de *El Parnaso español* y *Las tres musas últimas castellanas*, pues, como es lógico, concentran una gran mayoría de las composiciones de la antología y, por ello, la selección debió de ser más ardua. En ambos casos se escogen poemas representativos de cada una de las musas en las que se organizan estas dos ediciones. En *El Parnaso español*, los poemas encomiásticos dejan paso a los morales y, después, a los funerales. A continuación, igual que en la edición de González de Salas, Plata y Sáez incluyen los poemas amorosos de «Erato», a partir de los cuales construyen una variada colección que refleja las distintas facetas de la poesía amorosa de Quevedo. Lo mismo hacen los antólogos con los poemas satírico-burlescos de Terpsícore y Talía.

La selección de poemas de *Las tres musas* se abre con algunos poemas amorosos, morales y pastoriles de Euterpe, igual que el libro de Aldrete. De Calíope se entresacan algunas silvas y, por último, se ofrecen algunos poemas de Urania que reflejan «muy diversas caras de la poética sacra» (p. 45).

El número de poemas escogidos, 100, está muy próximo al de la antología de Jauralde y dista de las más amplias selecciones de las otras antologías mencionadas: la de Schwartz y Arellano roza los 300 poemas, y las de Blecua, Crosby y Pozuelo contienen 185, 161 y 135, respectivamente. Sin embargo, esta nueva antología, de 492 pp., supera a todas las anteriores en extensión, salvo a la de Crosby, de 623 pp., que editó sesenta poemas más que Plata y Sáez. A mi juicio, de estos datos puede inferirse que los editores de esta nueva antología optaron por sacrificar bastantes poemas con el fin de poder anotar más minuciosamente los seleccionados.

En cuanto a los temas de los poemas antologados, según un recuento aproximado, predominan los poemas satírico-burlescos y festivos, que constituyen casi la mitad de la antología, seguidos de los poemas graves —ya sean morales, encomiásticos, religiosos o funerales—, en torno a una treintena, y de una veintena de composiciones amorosas. Si se comparan estas cifras con las antologías anteriores de la poesía de Quevedo, puede comprobarse que Plata y Sáez parecen haber optado por otorgar un mayor peso en

su antología a la poesía satírico-burlesca. Esto mismo sucede en las de Blecua, Crosby o Schwartz y Arellano. Frente a estas, los precedentes inmediatos, Pozuelo y Jauralde, en su nueva antología, habían optado por equilibrar la presencia de este tipo de poesía con la grave y la amorosa. En parte, la mayor presencia de poemas satírico-burlescos en esta nueva selección parece deberse a que recogen composiciones transmitidas de manera manuscrita, aunque también es posible que los editores trataran de replicar lo que sucede en la obra poética del autor, en la que predomina este tema, en consonancia con la operación de fiel condensación del mundo poético del autor que llevan a cabo.

Por otra parte, no existe ninguna ausencia clamorosa, y cabe destacar, por ejemplo, la inclusión de los 80 versos iniciales del primer canto del *Poema heroico de las necesidades y locuras de Orlando el enamorado*, pocas veces antologado.

De cada poema se proporciona el número correspondiente de la edición de Blecua (1969-1981), la fecha más probable, cuando es posible, y una breve introducción explicativa en torno a la transmisión textual, el género y el tema del poema con referencias bibliográficas, que constituyen una declaración de las deudas de los editores y una invitación a que el lector amplíe la información sobre cada poema. Seguidamente se proporciona la anotación filológica, que, principalmente, aclara el sentido de los versos como pretendieron sus autores: «con ligereza y síntesis» (p. 62).

La concisión de cada una de las presentaciones de los poemas y de las notas revela un minucioso trabajo y una loable labor de síntesis que no va en detrimento del rigor. La anotación, que ocupa varias páginas, cuando la extensión y complejidad del poema lo exigen, esclarece el sentido de todas aquellas palabras que lo requieren sin perder nunca de vista la tendencia quevedesca a la duplicidad de sentidos; identifica y explica los juegos de palabras, dilogías y agudezas; e informa de las fuentes, los ecos y las referencias históricas y culturales. Por otra parte, a mi juicio, resulta encomiable, sobre todo pensando en los estudiantes, que reconocen la dificultad de algunos versos y la resuelven con gran didactismo. Además, en algunos casos, ofrecen interpretaciones novedosas, como en «Bermejazo platero de las cumbres» y «Tras vos un alquimista va corriendo» (v. 12), cuyo locutor satírico identifican con Cupido. Por lo tanto, las notas no son ni mucho menos mera repetición, lo cual tiene un gran valor, pues se trata de poemas ya anotados previamente, muchos de ellos, por varios quevedistas también muy reputados.

El volumen se cierra con un índice de primeros versos, de gran utilidad, ya que el índice que abre el libro contiene, en cambio, los epígrafes de los poemas.

En suma, *Huye la hora. Antología poética* cumple sobradamente el objetivo de sus editores: ofrecer una selección actualizada y manejable que refleje la poliédrica faceta poética de Quevedo y permita a los lectores comprender este «verdadero mundo en miniatura» que es su poesía.